

07

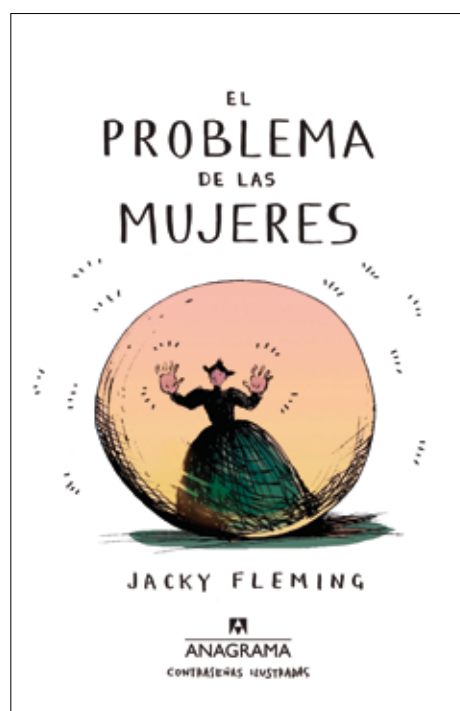
EL PROBLEMA DE LAS MUJERES

Jacky Fleming

Editorial Anagrama, 2017

Traducción: Inga Pellisa

GERARDO VILCHES



93

«Antiguamente no existían las mujeres, de ahí que no nos las encontremos en las clases de historia del colegio. Sí que había hombres, y, entre ellos, no pocos eran Genios». Con esta provocadora sentencia comienza *El problema de las mujeres* (Anagrama, 2017), última obra de Jacky Fleming (Londres, 1955). Esta británica, poco conocida en España, lleva décadas publicando sus viñetas de humor gráfico en medios como *The Independent* o *The Guardian*. En este pequeño libro, un breve ensayo en clave satírica, aplica su mirada ácida sobre la historia de los últimos siglos, desde una perspectiva que podría considerarse cercana a la *hers-tory*, pero que, sobre todo, busca poner de manifiesto lo absurdo de toda una serie de planteamientos machistas revestidos de una pátina de cientifismo.

No siempre es fácil hacer humor sobre determinados temas. La sátira, por su propia naturaleza, se presta especialmente a ser malinterpretada, ya que, si la desproveemos de su contexto y llega a un receptor diferente al que inicialmente estaba destinada, puede tomarse como apología de las actitudes satirizadas. Cuanto más sofisticada sea la sátira, más fácil es que se confunda con la defensa de los planteamientos que,

en realidad, está criticando. Y esta condición, que hoy podría hacerla vulnerable a la autocensura —en tanto que su autor o autora puede anticipar polémicas que prefiera evitar—, es, en realidad, lo que la convierte en una de las armas más efectivas contra el poder, la injusticia y la desigualdad. Así lo ha sido, al menos, en la tradición histórica que se remonta hasta las comedias griegas y latinas, y que ofrece algunos de sus mejores frutos en la literatura anglosajona y, más concretamente, en el siglo XVIII británico, con obras como *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift o *Historia de John Bull* (1712) de John Arbuthnot, que inauguran una corriente de sátira política y social de la que, a la postre, es sucesora Jacky Fleming. También lo es, de hecho, del grabado y la ilustración satírica que aparecen en la misma época; aunque sus dibujos tengan una soltura en el trazo y una expresividad caricaturesca plenamente contemporáneas, las articula mediante la deformación de la imaginería de los siglos XVIII y XIX, principalmente, así como mediante la adopción de un formato que recuerda al de aquellas narraciones. En *El problema de las mujeres*, cada página muestra un párrafo acompañado de un único dibujo, que complementa la situación grotesca que se plantea en el texto. En algunas ocasiones, el gag se complementa en una segunda página, donde Fleming se permite jugar con la sorpresa del humor de chiste rápido y visual, no siempre de fácil encaje con la sátira, basada más bien en la construcción de todo un relato.

Esa deformación también se aplica al tono ensayístico y didáctico de unos textos en los que la autora adopta una voz narrativa masculina, un *señor respetable que explica cosas* y que cita a otros *señores respetables para probar* la inferioridad de las mujeres. El tono cientifista de *El problema de las mujeres* es importante para entender su objetivo, porque este tiene que ver con cómo la Ilustración, ese movimiento cultural y político que buscó la luz de la razón como mejor forma de liberar al hombre, albergó teorías que buscaron, paradójicamente —o no tanto—, perpetuar la sumisión de la mujer. Por supuesto, esa sumisión tiene que ver con mecanismos complejos y más antiguos que la ilustra-

ción, pero fue a partir de entonces, del momento en el que inicia su diatriba el narrador de este libro, cuando diferentes intelectuales hicieron verdaderos esfuerzos por hallar las explicaciones físicas y biológicas de la inferioridad de las mujeres. Las teorías sobre cómo les afectaban los diferentes humores, su sensibilidad extrema, el menor tamaño de sus cerebros o su incapacidad para las actividades intelectuales son expuestas con ironía, subrayando su absurdo mediante la mera enunciación, que se complementa con la ilustración literal de dichas teorías, lo cual evidencia aún más el sinsentido. La autora se detiene especialmente en los fatales efectos que el estudio tendrá en la incauta mujer que escoja desobedecer el mandato biológico que la destina a labores menores, y que, además, la incapacita para el arte con mayúsculas, como cualquier experto podía advertir: «Los críticos detectaban de inmediato la debilidad de la mano femenina, en cuanto sabían quién era el artífice», escribe Fleming con una mordacidad irresistible.

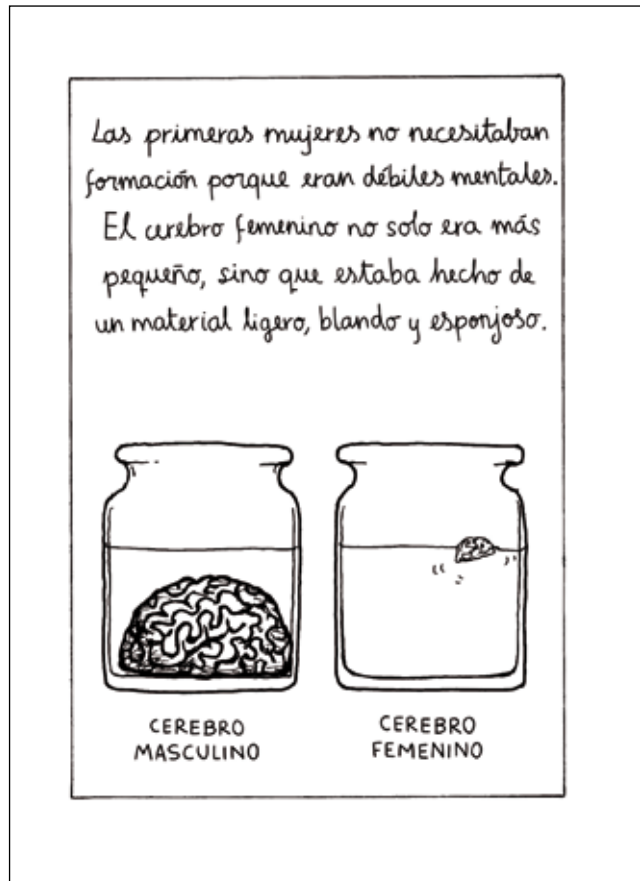
La dibujante también esboza en algunas páginas los motivos por los que las mujeres parecen inexistentes en determinadas disciplinas, y señala dos cuestiones que no deberían ser incompatibles en las argumentaciones feministas: por un lado, cómo las mujeres que destacaron en campos del conocimiento y la creación fueron, en muchos casos, marginadas de los cánones; y, por otro, cómo las estructuras socioeconómicas impedían a la mayoría de las mujeres acceder a dichos campos. Dicho de otro modo, para Fleming, si no hay mujeres *geniales*, no se debe solamente a una determinada manera de construir los relatos historiográficos. Lo cual no implica conformarse con el olvido de ciertas figuras, de modo que la obra recupera, entre otras, la de Eliza Ann Grier, liberta que se convirtió en la primera médica afroamericana del estado de Georgia. Para explicar esta postura, se vale de símbolos de incuestionable rotundidad gráfica, como son la *Esfera doméstica* y *el Basurero de la Historia*. La primera es una esfera de cristal en la que las mujeres podían mantenerse seguras haciendo lo que les sería propio, según el código de esta sátira, y que las destina a ser

meramente las perfectas amas de casa burguesas; el segundo, es un cubo donde van a parar las mujeres que arruinan su feminidad con actividades impropias, así como sus obras: «Las mujeres llevan miles de años rescatándose unas a otras del Basurero de la Historia... / ... pero no han conseguido que salga de sus filas una Picasso, lo que debe de suponer cierto alivio, dado el índice de suicidios de sus musas».

Este dardo al pintor cubista no es el único que se dirige a un *genio* varón; de hecho, la parodia inicial de aquellos postulados ilustrados se afila progresivamente para atacar las posiciones de los hombres en la sociedad y en las disciplinas científicas y artísticas en cualquier época. Así, junto a los testimonios de insignes humanistas como Rousseau, Ruskin o Freud, encontramos a mujeres relegadas al rol de animadoras de las actividades artísticas masculinas, en cómicas viñetas en las que hombres emprendedores son aplaudidos por varias mujeres. De hecho, como bien expone Fleming, en realidad ese humanismo se ocupaba del hombre: la medida de todas las cosas. Muy inteligentemente, se acuerda del Hombre de Vitruvio, y lo relaciona con una cita demoledora de Schopenhauer, que consideraba a las mujeres un estado intermedio entre el niño y el hombre, que sería el verdadero «ser humano».

En el libro se encuentran anécdotas quizás no tan bien urdidas en la argumentación central, pero tan jugosas que merecía la pena incluirlas: por ejemplo, las barrabasadas que tuvieron que soportar las primeras mujeres universitarias, o la marginación de las mujeres detrás de unas cortinas en el auditorio donde se celebró, en 1840, un congreso internacional abolicionista. Este último habría desatado, en la simplificación cómica que emplea el narrador, la primera ola del feminismo, que «puso fin a dos mil años en los que las mujeres no habían logrado nada digno de mención».

De esta forma tan irónica, Fleming señala el feminismo como la toma de conciencia de todos los mecanismos de control social impuestos a las mujeres a lo largo de la historia. Lo que incluye, por supuesto, la vestimenta: no pocos gags visuales del libro se construyen a costa de los miriñaques, los corsés y los



95

FLEMING, Jacky (2017). *El problema de las mujeres*. Barcelona, Anagrama, 42.

primeros bañadores. Con acierto, señala que hubo previamente otras olas... pero acabaron en el Basurero de la Historia.

Toda sátira contiene siempre una intención didáctica. La crítica social, aunque recurra al humor, suele hacerse desde la intención de mejorar esta sociedad. Todo cínico es, en el fondo, un humanista. Si no, no se tomaría la molestia de señalar aquello que está mal. En *El problema de las mujeres*, Fleming señala esas injusticias y los olvidos de la historia, pero lo hace con inteligencia y, sobre todo, confiando en la de su público. Por eso no subraya ninguna conclusión. Una sátira, en tanto que nunca debe ser leída en su sentido literal, requiere de una lectura pausada, analítica y activa: tres cualidades que, desgraciadamente, no abundan en los hábitos lectores actuales. Por eso este libro ingenioso, sagaz y lacerante es tan valioso.